

El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	Plas. 1'50
	» » año	3'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea...	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 21 de Agosto de 1892.

Año I. Núm. 7.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no esté adelantado su importe. — Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de EL ECO DE LA MONTAÑA.

San José de Calasanz.

Si damos una ojeada á lo que hoy día se lee y se escribe en materia de educación, preciso es decir que este siglo ha hecho en este importante ramo maravillosos progresos. Desde luego hemos de convenir en que los beneficios de la educación alcanzan á la última clase del pueblo y aun podemos añadir que á beneficio del pueblo principalmente han trabajado y trabajan los grandes pedagogos, proponiéndose arrancarle de la injusta ignorancia que le corrompe, y levantarle de su humilde condición á mejor fortuna. Esto nos dice esa multitud de libros de instrucción popular, esa multitud de escuelas de la pobre infancia, esa actitud incesante en el campo de la instrucción, ese anhelo de estudiar y perfeccionar los sistemas y métodos de enseñanza; y ese empeño universal en promoverla con todos los recursos del talento y del dinero. Todo hombre de recto juicio no puede menos de aplaudir tan laudable rivalidad en difundir el bien, sobre todo cuando advierte que esos que verdaderamente trabajan en pro del pueblo, no solo no excluyen la enseñanza de la Religión, sino que hasta la miran como el fundamento más sólido de la misma, desarrollándola por todos los medios que pueden conciliarle veneración y amor. No es pues extraño que el público haya acogido siempre con benevolencia cuantos escritos han retratado al vivo el espíritu de un hombre, al cual sus contemporáneos consideraron como un prodigio en el arte de educar en la piedad y en las letras á la juventud en general y muy particularmente á la del pueblo, y á quien aun hoy día los que mejor escriben de educación nombran con admiración y respeto. Hablamos de San José de Calasanz, de aquel esclarecido varón, que separándose de la línea de sus gloriosos progenitores, por cuyas venas circulaba sangre de reyes, distribuyó á los pobres uno de los más pingües patrimonios, renunció el brillante esplendor de las más altas dignidades, y abandonó para siempre á su patria, Aragón, para trasladarse en traje de humilde sacerdote, ignorado del mundo y solo conocido de Dios, á Roma, su nueva patria, á donde le llamaba una voz del cielo para hacerle el primer Apóstol de la juventud. Decimos *el primer Apóstol* porque á todas luces es verdad; pues hasta la época del noble español San José de Calasanz no se halla un hombre que diese en el blanco, y se propusiese desmontar y cultivar el abandonado campo de la niñez educándola gratuitamente en la piedad y en el saber, y lo que es más, que asegurase á los siglos futuros esta noble educación por medio de una corporación de religiosos ligados con solemnes votos. La historia nos habla de muchos maestros, y el P. Vicente de Luca, autor crítico pero difuso, hace un magnífico elogio del español Quintiliano, modelo de profesores entre

los gentiles, de Libanio, que lo fué en su siglo, y contó entre sus discípulos á San Basilio y á San Juan Crisóstomo, y de muchos otros que adquirieron fama y celebridad enseñando á la juventud hambrienta de saber. No fueron menos célebres los cristianos Protógenes, San Clemente de Alejandría, San Adelardo, San Casiano, San Isidoro de Sevilla, el primero quizá que dió la idea de un Colegio, el Canciller Gersón, Victorino de Feltri, y otros y otros que brillaron como lumbreras del magisterio hasta los tiempos inmediatos á nuestro Santo. Pero, si bien se considera, sus trabajos fueron aislados, y acabaron con su muerte ó con su vejez, ninguno de ellos concibió el grandioso plan de regenerar en masa á la niñez, que es la parte más selecta y á la vez más necesitada de la humanidad, y de cuyo buen ó mal cultivo depende el bien ó malestar de la sociedad futura.

Entonces no había escuelas de instrucción primaria que fuesen públicas y gratuitas, y solo las hubo en 1597, cuando San José de Calasanz abrió las Escuelas Pías en Roma, para instruir en la doctrina del Evangelio y en la práctica de la moral cristiana á los pobres niños que carecían de educación. Y si nadie conoció como San José de Calasanz las verdaderas necesidades del pueblo; si consagró toda su vida y talento al noble empeño de satisfacerlas, ¿quién será capaz de ensalzarle como merezca, cuando los más sabios de los paganos reputaban hombre eminentísimo al que se emplea en educar á la juventud?

Y de esas Escuelas Pías fundadas por San José de Calasanz, han salido en todos tiempos multitud de varones ilustres que han ocupado dignamente las sillas episcopales de los reinos, ilustres magistrados que honraron la toga en las audiencias y tribunales, sacerdotes de uno y otro clero que han sido el honor del estado sacerdotal, bravos y esforzados militares que defendieron la honra y buen nombre de la patria y padres de familia que han sido un modelo de moral cristiana.

Gloria sea, pues, dada al Instituto Calasancio, loor, prez, y alabanzas mil á su ilustre y Santo Fundador, cuya fiesta celebra el sábado próximo, día 27 del corriente mes, la Iglesia Nuestra Madre.

Desde Barcelona.

Sr. Director de EL ECO DE LA MONTAÑA.

LOS TEATROS.

Las Compañías se suceden en los teatros como los gobiernos en las naciones. Todos son peores y á excepción de los panaguados de los últimos ó sean los *alabarderos*, entró las primeras, nadie más aplaude. Todo el mundo está ya hastiado y como ambas instituciones sociales son imprescindibles, las aguantamos.... porque sí; ¡el respeto á la antigua tradición! Aquí de aquel centinela que hacía guardia en unos jardines de París, para impedir que se sentaran en un banco que por allí

había. Un curioso, que por todas partes los hay, picóse en curiosidad y le preguntó el porqué; pero el centinela dióle tan pocas razones con tan malos modos, que nuestro sujeto consideró prudente alejarse á buen paso. Y terco en su deseo, presentóse al cabo de guardia, haciéndole cortesmente la propia pregunta que le fué contestada muy secamente; el mismo resultado consiguió con el sargento (aunque no tan secamente), con el alférez (con algo ya de urbanidad), con el teniente (persona amable), con el capitán (muy fino por cierto), con el comandante (apuesto y distinguido militar), con el coronel (experimentado y gallardo hombre de mundo cuyo trato cautivaba), y hasta con el mismísimo general, que le recibió con una amabilidad y llaneza superiores á todo encomio, pero..... nadie sabía el objeto de la prohibición, que realmente era cosa un tanto rara. Averiguado el caso por un aficionado á registrar archivos, hubo de verse que allá por los tiempos de Mari-Castana, fué preciso pintar el banco en cuestión; y para advertencia de la gente descuidada pusieron un centinela con orden de impedir que se sentaran allí y de consiguiente que se llevaran toda la pintura con el dorso de los vestidos. Pues bien: la pintura se secó y los centinelas fueron relevados invariablemente hasta tal punto que ya nadie recordó la orden primitiva.

Pues eso nos sucede precisamente en los teatros.

Parece que en todos ellos vemos pasar silenciosas las sombras de Lope de Vega, Calderón, Moratín, Lopez de Ayala y tantos otros preclaros autores, echados ignominiosamente por esos autorcillos que escriben un adulterio en tres actos con notas más realistas que el mismísimo Zola.

Evocando recuerdos parecemos aun deleitar nuestros oídos las melodías del «Jugar con fuego», «Los diamantes de la corona», «Marina» y tantas zarzuelas antiguas y aun modernas como «El barberillo de Lavapiés», de buena música, sería unas veces, fresca y animada otras, apagadas por las extravagancias que no tienen más objeto que exhibir las mujeres las pantorrillas (cuando me nos) y los hombres el sitio en donde á los animales les nacen las excrecencias córneas. «Al agaa patos», «Doña Juanita», «Ki-ki-ri-ki», son aún de lo mejorcito; sobre todo en la última, esencialmente indecente, brilla el *chic* francés puro.

Aquellos sainetes chispeantes de D. Ramón de la Cruz, han sido substituídos por escenas de la plazuela de la Cebada, calle del Avapiés y barrio de Triana en las cuales se pinta á lo vivo lo que sucede en las casas de vecindad, con la jerga hablada por la gente *ignorante*. Oír una pieza de esas es leer un número de «El Tío Conejo.»

—Señá Pepaaa.

—Parece que man yamao.

—Soy yo, soy la cigarrera, la Alifonsa.

—Misté que rodóis! Pus no la había reconocío.